

## CASA LUNA (GRANADA, 2016), LA TERCERA NOVELA DEL UBETENSE MIGUEL PASQUAU LIAÑO

Antonio Cruz Casado  
Académico Numerario

---

**E**n tanto que sus dos novelas anteriores ofrecen títulos amplios y cercanos a la paradoja (*Recuerda que yo no existo*, Córdoba, 2014, y *Cuando siempre era verano*, Granada, 2015), esta tercera incursión en la narrativa del magistrado ubetense Miguel Paquau Liaño presenta un título mucho más breve y un tanto ambiguo, *Casa Luna*, si se mira de forma impersonal, pero el significado del mismo y su motivación se incluye ya en las primeras páginas del relato. Se trata de un micro-topónimo, del nombre de un pequeño lugar en el que transcurre la acción, “un cortijo-hotel situado en medio de un mar ondulado de olivos que rompe a lo lejos en las montañas impetuosas de Cazorla” (p. 10), se dice al comienzo de una amplia descripción del mismo. La designación con tal nombre de esta casa rural, adaptada ahora al turismo, procede de que, en determinadas ocasiones a lo largo del año, la luna, al salir por el horizonte, adquiere sobre esta casa una brillantéz y grandeza especiales, sobre todo si se ve desde una perspectiva externa adecuada (p. 15).

Lo primero que llama la atención del lector habitual de este novelista es la presencia, al comienzo de la obra, de los protagonistas de su segunda novela, *Cuando siempre era verano*, Irene y Juan, que habían servido en la obra citada como recurso estructural para una hermosa y sentimental evocación de la infancia y de la adolescencia, con personajes tan tiernos e inolvidables como la tía María Jacinta o el tío Anselmo. Ahora son personajes episódicos, fugaces, que sólo actúan en los primeros capítulos, pero que parecen implicar cierta conexión con historias y actitudes de la obra previa.

También encontramos referencias un tanto enmascaradas a la primera novela, bajo el título de *La mano izquierda*, un relato que los editores no parecen apreciar apenas y que el narrador se esfuerza en corregir, en pulir: “Engordé algunos personajes —cuenta Fortuño— y añadí episodios al itinerario de descomposición y corrupción que sufrió el abogado Matías Verneda, y sobre todo basculé el centro de gravedad hacia lo que me parecía más conseguido, que era la pasión por la venganza de su ayudante, su mano izquierda [pensemos en el supuesto título de la obra], Ernesto Rosales. Ya sé que ustedes no saben quiénes son estos señores, pero son mis perso-

najes y creo que les hago justicia llamándolos por su nombre”<sup>1</sup> (p. 69). Es precisamente este personaje, Ernesto, más bien secundario, el que proporciona el título real de la misma, *Recuerda que yo no existo*, puesto que le comenta a Matías casi al final: “Te recuerdo que yo no existo”<sup>2</sup>.

Por otra parte, es posible que haya determinada intención en confundir ocasionalmente los límites entre el personaje protagonista de *Casa Luna*, Marcos Fortuño Castañeda, que se nos presenta, nombrándose con cierta insistencia en los primeros capítulos, y del que él mismo dice (estamos ante un relato en primera persona) que es “un notable escritor al que hace algún tiempo designaron académico de número de la Real Academia de la Lengua” (pp. 17-18), entre otras muchas apreciaciones positivas, y el autor real de la obra, Miguel Pasquau, que escribió la ya citada *Cuando siempre era verano* con el primitivo título de *Noches de San Lorenzo* (tal como se indica en la solapa primera del libro), un momento cronológico del año que adquiere singular relieve a lo largo de todo el argumento.

Así comenta Marcos Fortuño en los comienzos de su amplio monólogo: “a mi primera novela y la llamé *Noches de San Lorenzo*, pero si alguno de ustedes la ha leído la conocerá como *Polvo de estrellas*, y eso me escuece, porque sigo pensando que era mucho mejor mi título” (p. 31), autoría sobre la que luego se vuelve en algunas ocasiones (por ejemplo, pp. 34 y 37). En otro lugar la define como “carne de mi carne” (p. 47), quizás debido al probable contenido autobiográfico que nos ofrece y que se resuelve en una hermosa y sentida evocación del mundo familiar, de la infancia y de la adolescencia<sup>3</sup>, como hemos señalado. En conjunto, esta urdimbre de interreferencias nos parece un ejemplo muy conseguido de lo que suele llamarse metaliteratura.

<sup>1</sup> Un comentario sobre la misma se incluye a continuación, por boca de Carlota Omedes: “Está un poco visto el tema. El tipo tibio que se deja llevar por el personaje secundario que va adquiriendo protagonismo hasta acabar con él. Están bien algunos episodios de venganza, y la idea de proponerla como último recurso cuando fallan las leyes y los juzgados, pero si quieres escribir sobre la venganza tienes que conseguir que el lector la desee, y en la novela parecen más bien, perdóname, ocurrencias de escritor. [...] El final está muy bien, ese recorrido marcha atrás que hace el abogado cuando se está muriendo hacia un punto máximo de felicidad, pero es un final que puede valer para cualquier otra novela” (p. 70). En realidad, como lectores de la misma, nos parece una obra conseguida que mantiene bien el interés y refleja el ambiente abogacil de Granada y Almería, con esos dos personajes Matías Verneda y Ernesto Rosales que sugieren, en ocasiones, el tema del doctor Jekyll y Mr. Hyde o cualquier otra modalidad del doble. Matías y Susana, su esposa, aparecen posteriormente en el curso del relato (p. 104), con lo que se teje una sutil red de relaciones entre los personajes fundamentales de las novelas que analizamos.

<sup>2</sup> Miguel Pasquau Liaño, *Recuerda que yo no existo*, Córdoba, Arcopress, 2014, p. 297. Parece que el orden de escritura de sus dos primeras novelas es distinto al de su publicación; primero, *Cuando siempre era verano* y a continuación *Recuerda que yo no existo*. Cfr. la noticia de Europapress, “El juez ubetense Miguel Pasquau presenta su segunda novela en la que se asoma a los conflictos morales”, del 11/04/2014 (consulta on line).

<sup>3</sup> Un comentario sobre la novela *Polvo de estrellas* se incluye en *Casa Luna*, como procedente del ingente archivo literario de Carlota Omedes, pp. 66-67. Encontramos, además, una referencia del narrador Marcos Fortuño al propio novelista ubetense: “un tal Miguel Pasquau, desde Úbda”, p. 233.

Esta simple confusión de límites entre la ficción y la realidad es un recurso que vertebra buena parte del argumento de *Casa Luna*, al que sólo tenemos acceso desde la perspectiva del narrador en primera persona, como se ha indicado, de tal manera que el lector habitual de novelas empieza a recelar de la verdad de lo que este personaje nos va contando, pensando incluso que estamos ante una especie de narrador infidente, un recurso que ya usó, entre otros Cervantes en el *Quijote*, como puso de relieve algún prestigioso hispanista (Juan Bautista Avalle-Arce), y que llevó a sus extremos un ejemplo ilustre de la novela policíaca: *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, de Agatha Christie. No son éstos, en realidad, los parámetros básicos de *Casa Luna*, pero sí estamos ante un conflicto que tiene como base la creación literaria, el problema de la autoría de la obra, sobre todo, en una trama bien dosificada, que no vamos a desvelar, pero que mantiene la atención del lector hasta las últimas páginas de la novela.

Es, pues, a nuestro entender, una obra marcada por la literatura, por un conocimiento profundo de la narrativa nacional e internacional. Sin que Marcos Fortuño se nos presente como un enfermo de literatura, como ocurría en muchos autores decadentes del llamado “fin de siglo”, sí nos deja ver en su personalidad, desde los primeros capítulos, a un experto conocedor de lo mejor de la literatura de los siglos XIX y XX, de tal manera que evoca, de forma más o menos directa, y a veces incluso con algún breve fragmento, a novelistas como Julio Cortázar (hay unas líneas del relato *El perseguidor*, p. 22), Roberto Bolaño (en referencia a su novela *Los detectives salvajes*, de 1998), Gabriel García Márquez, Ernesto Sábato, Gustave Flaubert, Vladimir Nabokov, Antonio Muñoz Molina o Rafael Sánchez Ferlosio, entre otros<sup>4</sup>. Del último citado, se recuerda de manera especial el final de su novela *El Jarama*, a la que se le dedican luego varios párrafos (pp. 62-63), y es posible que el tono conversacional de muchas de las escenas de las tres novelas de Pasquau que conocemos pueda ser deudor de aquellos diálogos intrascendentes de los jóvenes madrileños que realizan una excursión campestre a un río cercano a la capital. Con todo, si comparamos el espacio que dedica este novelista a la descripción o a la evocación, veremos que es mucho más amplio que el que asigna al diálogo, en contra de lo que sucede en la novela de Sánchez Ferlosio.

Creemos que, en los novelistas citados y en otros que van surgiendo a lo largo del relato, se va formando el imaginario literario del escritor o, mejor, del narrador de *Casa Luna*, el cual deja traslucir (o expresa claramente en varias ocasiones) el pro-

<sup>4</sup> Más referencias a autores fundamentales en el terreno de la novela, o de la narrativa en general en p. 62: John Maxwell Coetzee, Miguel Delibes, Gonzalo Torrente Ballester, Joan Benet, Julio Cortázar, José Saramago, Jorge Luis Borges, con especial insistencia en éste, Mario Vargas Llosa, Franz Kafka, Honoré de Balzac y Adolfo Bioy Casares; todos ellos forman parte, sin duda, del universo literario del autor, sobre todo en lo que se refiere a la narrativa. Más novelistas, de los que trata en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, titulado *Los grandes Gatsby de la narrativa estadounidense*, en p. Faulkner, Scott Fitzgerald, Kipling, Conrad (Creemos que la inclusión errada de Kipling y Conrad en esta secuencia, entre los novelistas norteamericanos, es un rasgo de coherencia interna del personaje Marcos Fortuño, que antes ha dicho que no le interesaba la literatura norteamericana, y el relato está hecho, como hemos indicado, desde la perspectiva de la primera persona).

blema que tiene como autor de sus obras, de las que llevan su nombre, algo que le desasosiega y le crea numerosos conflictos de conciencia, presentándonos en muchas ocasiones una situación de marcada angustia. Al principio son sólo frases enigmáticas: “Desde hace veinte años pienso lo que otros dictan. Yo, como en aquella canción de los ochenta, sólo muevo los labios” (p. 22). “Marcos Fortuño sólo pone los labios. Ahora quiero poner también el corazón” (p. 23), insiste más adelante. “Soy Marcos Fortuño, un espejismo” (p. 21), ha dicho en otro momento. “Vendí mi nombre, y eso tiene sus consecuencias. De eso es de lo que quiero hablarles: primero de las consecuencias, y después, sólo cuando me hayan creído, de las causas” (p. 24).

Estas afirmaciones se irán cargando de sentido a lo largo de la narración para desembocar en una situación sorprendente y muy original, en la que intervienen personajes ficticios y reales, procedentes del mundo de la cultura e incluso de la política, como su agente literario Carlota Omedes (p. 57 y ss.), María Kodama (p. 147 y ss.) o José María Aznar (p. 79 y, especialmente, el capítulo X, “Café con Aznar”)<sup>5</sup>; la acción se sitúa desde el punto de vista cronológico en torno a los finales del siglo XX, hacia 1996 y los años siguientes, aproximadamente.

El recurso técnico habitual del relato es lo que suele llamarse flashback, una vuelta atrás o rememoración de los sucesos desde un momento en que ya ha sucedido lo más importante del relato, un recurso que puede tener su antecedente en lo que los clásicos llamaban el comienzo in medias res, en el que se nos presentaba una acción en un momento de tensión y cuyos antecedentes era preciso relatar más adelante, abarcando con ello gran parte de la novela, como sucede en *Las etiópicas*, de Heliodoro, o en el *Persiles* de Cervantes. En *Casa Luna*, el protagonista y narrador Marcos Fortuño ha experimentado ya unas vivencias literarias, intensas y curiosas, que lo han marcado profundamente, de tal manera que va a contar de manera pausada lo que él define como la verdad. “La verdad —escribe casi al comienzo del relato—. Prefiero que se vaya abriendo paso entre el ruido de tanta apariencia. Necesito descargar primero el peso de mis mentiras, y sólo entonces podrá emerger como un gigante agazapado y olvidado la gran verdad que le da sentido a mi impostura. He comprendido que no basta con una compulsiva sinceridad. Debo posponer las explicaciones que tardaron tanto en darme a mí, porque formaba parte del plan que yo no supiera nada. Comprobarán poco a poco, suceso a suceso, página a página, que esto no es una ocurrencia literaria. Es una biografía cruel, y no ahorraré detalles” (p. 11).

El lector habitual de novelas se queda prendido de una trama que parece a ratos un relato de misterio, pero que en el fondo puede considerarse un homenaje a uno de los grandes escritores de nuestra cultura. Muy original en su planteamiento y desarrollo, y muy bien escrita, *Casa Luna*, al igual que sus dos novelas anteriores, nos permiten saludar en Miguel Pasquau a un escritor que procede del mundo del derecho (tema que ha sido objeto por su parte de numerosos y significativos estudios) pero que ya nos parece también un novelista valioso del que esperamos con interés las siguientes muestras.

<sup>5</sup> Muchas más referencias al mundo de la política en el capítulo titulado “Madrid”, p. 109 y ss.